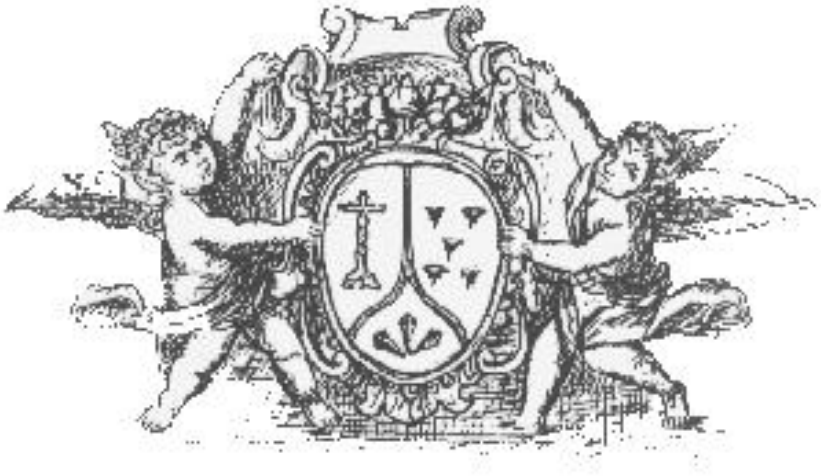

Seráfica, Venerable, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Santa Vera-Cruz

PRESENTACIÓN DEL CARTEL ANUNCIADOR DEL LUNES SANTO

PRONUNCIADO POR:

MADRE PIEDAD RÍOS DOMÍNGUEZ

SALÓN DE ACTOS DEL COLEGIO MARÍA INMACULADA

DOMINGO 11 DE MARZO DE 2.000

.

En el principio existía la Palabra
y la palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios.
Ella estaba en el principio con Dios.
Todo se hizo por ella y si ella no se hizo nada de cuanto existe
En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres,
y la luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la vencieron

La Palabra era la luz verdadera
que ilumina a todo hombre que viene a este mundo
En el mundo estaba y el mundo fue hecho por ella
y el mundo no la conoció
Vino a su casa y los suyos no la recibieron
Pero a todos los que la recibieron
les dio poder de hacerse hijos de Dios.

Y la Palabra se hizo carne
y puso su morada entre nosotros
y hemos contemplado su gloria
gloria que recibe del Padre como Hijo único
lleno de gracia y de verdad.

A Dios nadie le ha visto jamás
el Hijo único que estaba en el seno del Padre
Él lo ha contado

Henos aquí colocados, por encima de toda luz, más allá de toda mirada, en el instante eterno en el que todo tiempo se condensa, frente al misterio más alto y más cercano, el fundamento de nuestro ser, el origen de toda vida, la luz de todo camino, la fuente de toda alegría

La Palabra que existía desde el principio, en el instante eternamente deseado, llama a la nada a la vida, en una explosión de amor que el Corazón de Dios no puede contener.

¿Es que acaso no es nada existir?. ¿Haber entrado en el torrente del manantial de la vida divina que arranca del principio cuando la Palabra creó el cielo y la tierra y que tiene a Dios como meta?

¿Es que acaso no es nada haber sido llamados por nuestro nombre, convocados, uno a uno, a la vida familiar con Dios que necesita amar?

La llamada de Dios es lo primero. En el origen de todo: su Palabra. Y en su Palabra la vida. Y aquí comienza esa aventura de Dios que viene al encuentro de cada uno por ese camino trazado desde toda la eternidad.

La Palabra eterna se escucha en el silencio y se expresa en el canto de todas las noches; en el manar de todas las fuentes; en la armonía del orden que rige toda vida; en el amor incipiente de los hombres y en el que se consuma; en el grito dolorosa de todos los desastres de la tierra; en el clamor doloroso de quien pide contra toda esperanza¸...

En medio de tanto derroche, cada instante somos convocados a un encuentro, en el que Dios nos da su palabra y, ¡oh misterio!, nos la pide prestada dejándonos la posibilidad de negársela.

Hablar de Dios tiene siempre el temblor de quién se acerca descalzo a la fuente de la vida y contempla el manantial que arde sin consumirse. Se le da una chispa de ese fuego para llevarla en vasija frágil y pobre de la que no nos quisiéramos desprender, pero sabemos no se apaga sólo si intenta prender...

Estamos en el umbral de la Cuaresma, la peregrinación de la Iglesia hacia la Pascua del año 2.000. Un itinerario de 40 días que nos conduce a la fiesta de la Vida. Y nos disponemos a ver el cartel que anunciará el Lunes de nuestra Semana Santa. Una visión nueva del mismo paso, del mismo gesto, de la misma Pasión, la misma Pascua. Pero lo que no se agota no es nuestra manera de ver, sino la mirada de Dios que se nos asoma por los ojos de Cristo.

Bajo esta mirada amorosa, me atrevo a colaborar a la visión del cartel, haciendo una lectura desde la vida que el Hijo de Dios vino a salvar. Pensando que la palabra de Dios es un fuego candente y que, a veces, la palabra más viva es la que más hiere.

Hermanos todos, los sacerdotes que nos partíis el pan y la Palabra, las que me habéis sido dadas por Dios en la familia Religiosa, los que me pertenecéis según la carne, el gran don que Dios me hizo para vivir la primera experiencia de la filiación y la fraternidad. Los que ejercéis el servicio de la autoridad y el trabajo público, cofrades, con los que he vivido tantos momentos llenos de Dios, los que me donó el Señor a través de la amistad tejida en la búsqueda de la verdad que da sentido a nuestra existencia,; los que me habéis precedido en la tarea de presentar el cartel de la cofradía de la Vera Cruz de los que he ido aprendiendo tantas formar de amar a Cristo y a su Madre que se hacen vida cotidiana. Especialmente a Puri. Sus palabras han sido una muestra de lo que podemos ver, los unos de los otros cuando nuestro tejido humano tiene su urdimbre a los pies de María y Jesús. Ya no vemos la realidad pequeña y humana de es persona sino que cree ver pequeños rasgos de la imagen del Hijo de Dios que lleva grabada en sus pupilas y en un corazón tan grande como el suyo. Que el Señor siga bendiciendo tu mirada para siempre seas capaz de bendecirlo por encima de las pequeñeces de los demás; los que compartíis estos compases iniciales de la Semana Santa del 2000.

Pido a Dios que nos permita entrar en el Santuario de su presencia y que el descubrir el Cartel nos descubra algo de ese rostro eternamente amado por el Padre y siempre buscado por el hombre:

SE DESUBRE EL CARTEL

“Triste Luna” Este es el título que Cristóbal Díaz Leiva ha dado a su obra que nos llamará desde tanto lugares a la celebración del Lunes Santo del año 2000 del nacimiento de Cristo.

No se si se hubiese podido asignar una metáfora más Bíblica a este encuadre en el que se juega con la noche y la luz, la apertura al infinito y el cobijo bajo palio; el dolor sugerido y la esperanza resucitada.

“Triste Luna”. ¿No nos dice San Pablo que la creación entera, actualmente sujeta a la vanidad, aspira a ser liberada de la servidumbre de la corrupción para tener acceso a la libertad de la gloria de los hijos de Dios?. Y esto no lo hace la creación de cualquier manera, sino que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto.

Dentro de la creación la luna ha tenido un papel privilegiado en la historia de la salvación. Fue necesario esperar a la luna del mes de abril para que el pueblo hebreo pudiese escapar, en la noche, de la esclavitud a la que lo tenían sometidos los egipcios. La primera gran gesta épica que aglutina al pueblo elegido, nacido de la fe de Abraham, siempre perseguido a lo largo de la historia. La noche y la luna expresan la ambivalencia de la realidad que es la vida del hombre, la coexistencia de la noche y la luz, la esclavitud y la liberación. La noche tiene una fuerza especial en la vida del hombre: la hora de la calma, del amor, del encuentro. Pero también es el tiempo que parece más favorable a la acción de las fuerzas del mal. También es tiempo de silencio.

Jesús ha entrado en el dinamismo del sentido de la noche. Él nos ha avisado del riesgo de la llegada del ladrón en la noche; del enemigo que, amparándose en la oscuridad pone cizaña en el campo recién sembrado. Es la hora en que el esposo viene a buscar a la novia. De noche se iba al campo a orar y sabemos que conocemos su entrevista con Nicodemo, magistrado, que tuvo miedo de ser visto en su relación con el Maestro. Era de noche cuando Judas, que había tomado el bocado de pan entregado, salió del Cenáculo para entregarlo. Fue el comienzo de la noche de Getsemaní. Y en la noche vino al mundo y triunfó de él el día de la Resurrección.

La noche es tan joven como el amor y tan vieja como el pecado. El pecado es la noche. El diablo el príncipe de las tinieblas. Jesús nos ha llamado constantemente a la vigilia.

No está de moda hablar del pecado y vivimos inmersos en un mar pecado del que no somos agentes secundarios. Padecemos sus consecuencias en lo más profundo de nuestro ser y preferimos cerrar los ojos, sumergirnos aun más en la noche. Pero si no hablamos del pecado ¿por qué está triste la luna?, ¿qué sentido tiene todo lo que celebramos?. Y no podemos ignorar que celebrar tiene siempre connotaciones de fiesta.

Pecar es no poder levantar los ojos ante Dios por no resistir la luz de su mirada. Ya en el Génesis vemos a Dios recorrer el jardín del Edén, a la hora de la brisa en que habitualmente tenía cada tarde su encuentro con Adán, preguntando, lleno de solicitud: ¿dónde estás?. Adán había comenzado esa jornada con sueños de grandeza. Posiblemente había hecho ya sus planes de explotación del paraíso. La serpiente tenía razón, ¿someterse él, que todavía sentía en su frente la ardiente potencia del soplo divino?. pero después de comer el fruto la tristeza había llegado sin ruido. Poco a poco, la mañana que se prometía radiante había perdido su luz hasta llevarlo a la oscura soledad de su noche. Tres capítulos más adelante Caín abre la tierra para enterrar a Abel. La primera zanja para ocultar el odio de tantos fraticidios.

¡Que ingenuo es Dios!, diríamos nosotros, maestros en la sospecha. ¿Qué podía esperar de la libertad de un hombre al que le ha dado todo a cambio de amor?. Amor. Dios es amor. Y el amor no es envidioso, ni se engría, ni busca su interés, ni toma en cuenta el mal... Todo lo cree; lo espera todo...

Podemos buscar mil definiciones para la libertad y mil maneras de delimitar el ámbito de sus posibilidades. La libertad no es más que la condición indispensable del amor. Sin libertad, el amor es tiranía o servidumbre. Dios no se impone nunca a nuestra vida para decirnos: «tú serás esto», «tú harás esto». Él no dice: «yo quiero», sino «¿si quieres...?»

¿Qué sabemos del pecado? ¿Qué espesor tiene el pecado? ¿Hasta qué profundidad habría que calar para hallar la veta más profunda en la que ha caído esa semilla de malicia que viene de fuera; ese misterio de rebeldía que arraiga en el corazón del hombre? La Biblia evoca con frecuencia el corazón como el centro del ser, allí donde el hombre dialoga consigo mismo, se cierra o se abre a Dios. Es el lugar de nuestras elecciones decisivas y también el lugar donde se ejerce la acción

misteriosa de Dios. Por eso, el pecado se parece a una fuga a través de la vida misma a la sombra estrecha de un muro, mientras la luz brilla esplendorosa por todas partes. Y por esos vericuetos siempre somos conducidos al mismo sitio: a la cima vertiginosa del monte donde el Príncipe de las Tinieblas y Señor de los Abismos nos repite incansablemente: «todo esto será tuyo si postrándote ante mí, me adoras». Esta propuesta tiene el mismo eco que la del Paraíso ¿Cómo es que Dios os ha dicho que no comáis de ninguno de los árboles del jardín.? Es que Dios sabe que muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses. Y el hombre se emborrachó de poder. Miremos nuestro mundo... en cualquier sitio estalla deslumbrante la horrible potencia del dinero, su fuerza ciega su crueldad... desde el comercio humano hasta los animales quimeras...

En el fondo de muchos cofres se disponen de muchas más vidas humanas que haya tenido cualquier tipo de poder, pero su poder es como el de los ídolos, sin orejas y sin ojos. Puede matar sin saber siquiera lo que mata.

Lo mismo que existe una comunión de los santos, existe una comunión de los pecadores. Y no sólo en la estructura de su acción porque el mal es inteligente y tiene una organización muy eficaz. Sino porque a nuestros ojos parece como si sus alianzas no fuesen mas que una expresión del temor que les causa la envidia o el odio que se tienen.

Pero el pecado no es cosa de los otros, de los de fuera. Es cosa nuestra y de nuestras instituciones; de la iglesia, las congregaciones, las cofradías, las familias, las asociaciones... y de cada uno. Nosotros hablamos de corrupciones más o menos lejanas. Un esfuerzo de lucidez nos hace abrir los ojos a situaciones planetarias de las que tenemos tendencia a desviarnos como si no nos afectasen o nosotros no pudiésemos hacer nada, cuando en realidad a todos nos conciernen personalmente. Tenemos el peligro de perder la conciencia de pecado. Es posible que en los que nos llamamos y sentimos hombres y mujeres de iglesia exista una lenta cristalización alrededor de la conciencia de menudas mentiras, de subterfugios, de equívocos. El caparazón guarda vagamente la forma de lo que recubre y nada más. A fuerza de costumbre y con el tiempo nos hemos acostumbrado a un concepto de pecado completamente abstracto acerca de nosotros que se parece a esos cristales completamente opacos que no dejan pasar más que el resplandor difuso donde el ojo no distingue nada. ¿Es que comprometemos siempre profundamente nuestro ser y nuestra sinceridad?. Y no hay verdades medianas. Fácilmente vivimos en la superficie de nosotros mismos, pero el terreno humano lo ha hecho Dios tan rico que basta una delgada capa para recoger una buena cosecha, que, a veces, nos hace la ilusión de una verdadera existencia... El drama del pecador es que él mismo no tiene conciencia del caparazón que poco a poco le ha endurecido el corazón. Puede sentir, en ocasiones, una culpabilidad de orden psicológico, pero no tiene conciencia del pecado que es del orden del corazón, que afecta a la relación íntima que mantenemos con Dios. El pecado no es primeramente lo que nos vuelve culpables a los ojos de una ley divina, sino lo que nos impide comunicarnos con el corazón amoroso de Dios.

¿Qué hace Dios frente a las actuaciones erradas de los hombres y sus sufrimientos?.

«Me da un vuelco el corazón» nos dice por el profeta Oseas. Y, desde luego, a lo largo de todo el Antiguo Testamento, el corazón de Dios se muestra completamente trastornado. Como un esposo que ha sido vilmente burlado por la mujer que ama. Y como en una inmensa corazonada se decide a tomar Él mismo un corazón de hombre para que la humanidad pueda encontrar el camino del corazón.

No es que Cristo sea un accidente histórico venido a corregir el pecado de los hombres. Al contrario, el pecado es un accidente de la historia, consecuencia de la libertad que Dios nos ha dado al crearnos... En el Corazón del Hijo, Dios nos revela su designio de amor trinitario a los hombres. Cristo ha sido el primero querido en la intención divina, y en vista de Él plantó el Padre la viña del universo.

Somos amados locamente por Dios. Puede parecernos demasiado bonito para ser verdad a nosotros que con más facilidad creemos en las malas noticias que en las buenas, nos impresionan más las derrotas que las victorias y estamos más inclinados a sospechar que a confiar. El corazón del Hijo nos revela el corazón del Padre, ese corazón que es como un gran libro de amor, abierto a golpes de lanza. El Padre no nos ama globalmente, a por mayor, a granel, sino uno a uno, por nuestro nombre: como buen enamorado. ¿Estamos dispuestos a entender que el padre pueda sentir por nosotros algo que se parece a una pasión amorosa? Nosotros que somos los hijos de una cultura que ha matado al padre y va convirtiendo al mundo en una sociedad anónima. ¿No es cierto que, con frecuencia, nuestro mayor dolor viene de nuestra incapacidad para ayudar a los otros, especialmente a aquellos a quienes más queremos? El sufrimiento toca las fibras más íntimas de una persona. Con el amor, y con mucha frecuencia a causa de él, el sufrimiento es el corazón de la humanidad, pero es un problema sin respuesta sólo en el plano humano.

Lo que a nuestros corazones lentos les cuesta más comprender es que Dios se manifieste en nuestras vidas en la forma de un hombre que sufre. *Un hombre. Nos lo tenemos que repetir muchas veces: un hombre*. Y es precisamente haciéndose hombre, cómo Dios manifiesta mejor que él es Dios. Contemplando a Cristo descubrimos, como por trasparencia, el amor del Padre, lo que Él es desde la eternidad. A nosotros nos podría decir Jesús lo mismo que a Felipe cuando le pidió que les enseñara quién era el Padre: ¡Felipe, tanto tiempo con vosotros y todavía no me conoces!. ¡Quién me ve a mí ve al Padre!

Nunca los dioses del Olimpo, ideas humanas hechas a nuestra medida, imaginaron su encuentro con el sufrimiento. Sin embargo el Dios eterno quiere hacer la experiencia humana del amor y del dolor. Jesús comienza a hacer esta experiencia a través de María y José. Y nadie podrá negar que no ha habido un amor humano al que se le proponga hacer una prueba tan dolorosa de fidelidad como se le pidió a esta pareja humana. Jesús ha hecho su aprendizaje como todos los niños. No es un Dios bajado del cielo sabiéndolo todo. Ha ido aprendiendo todos los conocimientos necesarios para la vida de su pueblo. También el amor de su corazón se ha ido enriqueciendo y moldeando con los afectos humanos. Cuando Jesús llama a su Padre, *Abba, papaíto*, está tomando la medida del cariño que los niños de Israel sentía por su padre. Pero también quiere experimentar los sentimientos humanos de soledad, miedo, dolor, la incomunicación, las relaciones interpersonales, la problemática social, los sentimientos, lo incierto de la vida, sus permanentes batallas...

Desde ahora, en nuestras horas más negras, cuando nubes densas y pesadas se arrastren por nuestro cerebro, donde cuaja suavemente la nata del pesimismo; cuando el pecado contra la esperanza... el más mortal de todos, el más preciado de los elixires del demonio, su ambrosía, nos quiera arrebatar, nos es lícito gritar: ¡esperanza, ¿dónde estás?.

Dios quiere que tengamos piedad de nosotros mismos. Nuestras penas ya no nos pertenecen, porque él las asume en su corazón. No tenemos derecho a ir a buscarlas, las ultrajaríamos... No quiere esto decir que la fe en el hijo de Dios nos haga canonizar el sufrimiento. Luchar contra el sufrimiento es para nosotros un deber. Y, humanamente, somos conscientes de que es difícil hablar al que sufre sin herirlo, sin aumentar su dolor.

Dios nos ha creado para la fiesta de la vida, para el gozo indecible. Me gusta repetir la oración de Madeleine Delbrêl:

«*Señor, haznos vivir nuestra vida no como un juego de jacques donde todo está calculado, no como una partida donde todo es difícil, no como un teorema que nos rompa la cabeza: sino como una fiesta sin fin donde tu encuentro se renueva. como un baile, como una danza en los brazos de tu gracia, en la música eterna del amor. ¡Señor, ven a invitarnos.»*

El Padre abraza así, besa al Hijo en la Trinidad santa, invitándonos a todos los pródigos del mundo a la fiesta eterna. Tenemos que creer que Dios se toma en serio nuestra condición humana y le interesa todo lo nuestro. En esta certeza, nuestras inquietudes y dificultades no pierden nada de su realidad, ni los conflictos que nos rodean nada de su brutalidad, pero son como transformados desde dentro porque Dios mismo ha venido a compartirlos con nosotros. ¿Cuantas veces nos ha repetido: «No tengáis miedo, no os inquietéis»...? no es que las cosas del mundo no tengan importancia, pero cambian cuando podemos vivirlas bajo la mirada del Padre.

¿Qué quiere decir, si no, que Dios se ha encarnado, se ha hecho hombre?

> «*Mientras un silencio apacible envolvía todas las cosas*
> *y la noche llegaba a mitad de su rápido curso, tu*
> *palabra omnipotente se lanzó del trono regio*»

Este texto del libro de la Sabuduría lo aplica la Iglesia al nacimiento de Cristo.

Cuando miraba la imagen del cartel me evocaba estas palabras por el ímpetu que parece tener Jesús. Irrumpiendo en la noche, diligente, en un mundo que se le cierra sugerido por la cubierta de las casas, y la fe débilmente vacilante que sugieren las tímidas luces de los faroles. Si Él ha amado tanto nuestra vida, ¿qué podemos hacer nosotros sino amar las mañanas, las noches, los caminos cambiantes y misteriosos hollados por el paso de tantos hombres; los caminos del mundo; nuestros caminos? ¿Cómo no nos hemos de maravillar del amor humano del corazón de Cristo?. Esta es la dinámica y la verdad profunda del misterio esencial para nosotros: el de la Encarnación.

En la encarnación, Cristo ha elegido una vida tan simple que nos pasma. Las discretas reacciones de su corazón humano nos revelan el más profundo misterio de Dios. Y Dios no es diferente en el seno de la Trinidad y en su vida humana en Jesús.

Hombre de carne y de sensibilidad, como cada uno de nosotros. Tembló de angustia ante su propia muerte que se le anunciaba atroz. Y también experimentó la muerte en sus afectos más íntimos. La casa de Lázaro era un remanso de paz en su camino. Y para Él la muerte de su amigo fue un verdadero descalabro. «Mirad como lo amaba». Ningún pasaje del Evangelio ilustra mejor el versículo del prólogo: «y el Verbo se hizo carne». La humanidad de Jesús no es una humanidad de fachada. Es un hombre de enorme sensibilidad que se emociona. Él se identifica con los pequeños: el prisionero, el enfermo, el hambriento... Todos aquellos de los que la historia de los hombres no habla casi nunca, pero sin los que no podemos entrar en la historia de Dios. En el juicio no podrá ofrecernos mas que su amor. Un amor tan poco tiránico que pondrá en los hombres la señal y el objeto de lo que exige, no directamente a sí mismo, sino a los pobres, los hambrientos, los desventurados, que se presentarán ante nosotros en su nombre, de modo que podamos nosotros mismos firmar nuestro propio juicio.

Vemos a Jesús vibrar con toda su ternura de hijo ante el espectáculo de los lirios del campo, las flores y los pájaros, y recordar en sus parábolas el trabajo en la madera de los toneles de vino que hiciera José, las faenas del campo que tantas veces él había hecho y las tareas caseras y los remiendos en la ropa que hacía su madre. No sólo se ha dejado instruir por los demás hombres, también se ha dejado marcar por cada encuentro... Ha rezado por sus discípulos, especialmente por Pedro. Y se alegra de sus éxitos cuando vuelven felices de su misión. Se estremece con la fe del centurión y de la mujer cananea y sufre con la viuda de Naim.

El corazón de Jesús no está envuelto en ninguna concha. Es vulnerable a todos los encuentros y todos los acontecimientos; a todas las palabras y esto hasta en la cruz. No condena al ladrón que lo injuria y promete su Reino, al instante, al que se lo pide. En Él el amor misericordioso e infinito de Dios se concentra todo entero y se exprime, sin medida, para nosotros. Y al fin, para resumirlo en una enseñanza tan aparentemente sencilla como:

«Aprended de mi que soy manso y humilde de corazón».

La muerte de Jesús no es un accidente sin sentido, es el término de toda una sencilla vida de servicio, que viene a demostrar que la victoria de la dureza o la rigidez sobre la dulzura, de la soberbia sobre la humildad no es mas que ilusoria.

La cruz es, además, la más maravillosa revelación del amor humilde de Dios, Un amor cuyo poder y potestad no es exhibirse, sino eclipsarse. Ha sido humilde en el nacimiento, en el pesebre, en la manera discreta de hacer los milagros. No se ha puesto jamás en evidencia. Los leprosos se curaron cuando ya se habían alejado e iban por el camino... Y uno sólo volvió... Sus gestos de amistad y de hombre necesitado de cariño se hacen estremecedores en la noche del Huerto: el beso de Judas. Pero conmueve más, cuando tras la angustiosa aceptación de su cáliz, se

vuelve en busca de sus amigos que dormían y hace aquella pregunta tan inútil, casi ingenua; pero tan cortés: Pedro, ¿duermes?

Estas actitudes no son fáciles de asumir por nosotros. Jesús contestado y despreciado por los fariseos, coronado de espinas, son imágenes muy duras de contemplar, y más de imitar... Quedarse detrás de un Dios sin prestigio, que parece abandonarnos como abandonó a su propio Hijo, es más difícil todavía.

Hasta tal extremo es el corazón de Dios un corazón humilde que se entrega a nuestra voluntad para que decidamos lo que queremos hacer de Él. Se entrega a nuestras manos para que podamos manipularlo. Se confía a nuestra boca. Podemos hacerle hablar y Él sabe lo que somos capaces de decir. Se hace dependiente de nosotros y nos hace responsables de Él en la Iglesia. Él se esconde para ponernos a nosotros delante.

Si Cristo hubiese atravesado la existencia siempre sonriendo, sin impedimentos, nosotros apenas hubiésemos escuchado la buena nueva de su confianza filial; pero esta confianza viene al encuentro de nuestras noches, de nuestros peligros, y esto lo cambia todo.

La humildad y la dulzura tejen entre Dios y nosotros el lazo más íntimo que se pueda encontrar. La humildad firma la presencia de Dios en el mundo. La dulzura abre el campo de todos los reencuentros posibles con Él.

El Dios que se oculta tras nosotros hasta ponernos en su lugar nos está remitiendo a la verdadera medida, la plenitud del amor por los hermanos pero también al antiguo precepto de amar a los otros como a nosotros mismos. Una exigencia que nos obliga, para amar siempre más a los hermanos, a tomarnos en serio, a respetarnos... ¡qué necesitados de este respeto estamos los hombres hoy!. No deberíamos tener en nuestro corazón la menor zona de sombra sobre la que tuviésemos miedo de ver caer un rayo de la luz de Cristo. La gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo.

Colocarnos a su luz es abrirnos a su Palabra. «La Palabra era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo». La Biblia es el Libro de la Vida. Es el libro que nos revela la Eternidad. El libro vivido antes de ser escrito y escrito para ser vivido de generación en generación. Pero es que, además, todos hemos vivido ya en la Vida del Hijo del Hombre. Todos podemos situarnos en un lugar del Evangelio. Hace algo menos de dos mil años, Jesús nos encontró en alguna parte: en Belén, en Nazaret, en los campos de Galilea, en el Cenáculo.... no se. Depende de nuestra vocación, de esa llamada eterna que nos hace el Padre, a cada cual, para una tarea específica. Un día entre los días, sus ojos se fijaron en nosotros y, según el lugar, la hora y la circunstancia, nuestra vocación tomó su carácter particular. Posiblemente... si nuestra alma que no lo ha olvidado, que lo recuerda siempre, pudiese arrastrar a nuestro cuerpo de siglo en siglo, hacerle remontar esa pendiente enorme de dos mil años, le conduciría directamente a ese mismo lugar.

El Evangelio tiene pasajes casi totalmente misteriosos. No sabemos como aplicarlos a nuestra vida pero hay otros despiadadamente luminosos.

En el misterio de la noche, el blanco disco de la luna tiene también evocaciones de Eucaristía. «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Pasar al Padre, amar hasta el extremo, eso significa morir. Y esta muerte tiene lugar en lo que Cristo ha llamado su hora. La hora de morir. El camino mismo de la cruz que emprenderá mañana no puede comprenderse fuera del largo camino hacia la Cruz que ha sido toda la vida del Hijo. Contemplar al siervo doliente que nos describe Isaías, ante el que hay que volver la cara, desfigurado y malherido, que no tiene apariencia ni belleza que atraiga nuestras miradas, no pude hacerse sólo sobre la cima del Gólgota. Nadie puede comprender la conciencia de Cristo que vive la condición de esclavo hasta la muerte y muerte de Cruz... Cuando nos habla de su hora, no ha condensado el tiempo nunca un peso dramático semejante, durante toda una vida. «Hay un bautismo con el que voy a ser bautizado; y como estoy angustiado hasta que se cumpla. ¡Padre, sálvame de esta hora! Pero, ¡si para esto he llegado a esta hora!» ¡cuantas luchas interiores tuvo que vivir hasta llegar a estas desconcertantes palabras de la agonía!

Y no hay nada de febril en el comportamiento de Cristo: no corre hacia la muerte como un autómata. Avanza sin precipitación, esparciendo por el camino tranquilos anuncios de su Pasión; «Por eso el Padre me ama: porque yo ofrezco mi vida..., nadie me la quita, sino que la ofrezco por mí mismo». Misterio del Hijo de Dios y del hombre. El instante de máxima debilidad es también el de máxima libertad, porque culmina en él más grande abandono el del Amor.

Y en la noche de Pascua nos deja su testamento cuando va a pasar de este mundo a su Padre, en su HORA se le desborda el amor por los suyos. Y este testamento lo sella con un gesto y una pregunta.

Lavar los pies polvorientos de los caminos de Palestina era una necesidad para recostarse en los triclinos ante la mesa. Era un trabajo de esclavos y Jesús se dispone a realizar esta tarea. Los apóstoles han visto con asombro lo que Jesús se disponía a hacer y que Juan nos ha descrito con parsimonia de detalle: «Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido.» No han perdido detalle. Cuando Jesús se ha arrodillado a sus pies no daban crédito a sus ojos y no les ha dado tiempo a reaccionar. Pero Pedro no ha sido de los primeros y cuando llega a él ya ha tomado medida: él ya ha tomado medida: ¿Tú lavarme a mí los pies?. Como si dijera: ¡eso es indigno de la idea que yo tengo de ti!. A Pedro se le ha venido abajo todo su esquema de valores, su idea del Mesías, y su concepto de hombre. Ya antes, cuando Jesús había anunciado su Pasión, Pedro se había sentido desconcertado y se enfadó. Se llevó a Jesús aparte, como si los demás no se hubieran enterado, para recriminarlo: «Eso no te pasará jamás». Y por toda respuesta oye : «Apártate de mí, Satanás». A Jesús, las palabras

de Pedro debieron recordarle aquellas del desierto cuando el diablo le propone, desde lo más alto del templo: «Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito que tus ángeles vendrán a cogerte para que tu pie no tropiece en ninguna piedra.»

Jesús dice dulcemente: «Lo que yo hago tú no lo comprendes ahora; lo comprenderás más tarde». Pedro insiste: «No me lavarás los pies jamás». Contesta Jesús: «Si no te lavo los pies, tú no puedes tener parte conmigo.» De otra manera: si yo te lavo los pies y tendremos algo en común, estaremos en comunión; si no te dejas lavar los pies, todo ha terminado entre nosotros.

Lavar los pies a los discípulos hipoteca todo lo que va a venir después: el Misterio de la Pascua de Cristo, para lo que Él ha venido a la tierra. Nosotros no podemos entender al Dios cristiano si no aceptamos verlo a nuestros pies. Si Pedro no quiere un Señor y Maestro que se arrodille a sus pies, tendrá que ir a otra parte y no podrá tener parte con el Dios de Jesús. A Pedro se le hace la misma propuesta que a nosotros: tenemos que hacer la elección de un Dios humilde.

Pero después del gesto, Jesús tomó sus vestidos, volvió a la mesa y les propuso una cuestión: ¿Comprendéis lo que acabo de hacer. Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. De todo lo que siguió luego, se concluye que Pedro no había entendido gran cosa. Ni nosotros tampoco. Acaso no queramos entender. Haced vosotros lo que yo he hecho... ¿Estamos dispuestos a arrodillarnos delante de los demás?. Nosotros, que vivimos en la era de la estadística, contando siempre quién es el primero en cualquier campo, incluida la Iglesia, y que nos gusta disfrazarnos de personajes y ocupar los primeros puestos?.

San Juan es el único evangelista que no ha narrado la institución de la Eucaristía. Y solamente él nos ha conservado el episodio del Lavatorio. Y es que este gesto es el que la explica. Comulgar con la Eucaristía es mucho más que *“recibir la comunión”.* Comulgar con Cristo es tener parte con Él; identificarse con Él. Es trabajar con Él para que el hombre recupere la imagen de Cristo en él. Y aquí es donde encontramos dificultades para abrirnos a una visión asombrada de la Eucaristía, y a un sentido gozoso de la adoración y del servicio.

La lógica de Dios no tiene nada que ver con la sabiduría del mundo; nos parece locura y no comprendemos nada si la miramos con nuestros ojos siempre demasiado prudentes y demasiado calculadores, que buscan el caparazón y la segunda intención en casi todo lo que nos rodea. Hasta para lavarnos los pies, Jesús nos pide permiso. El busca ser el último y nosotros los primeros, y esto, muchas veces en el terreno religioso. Es una tentación buscar el éxito bajo el influjo de la impaciencia. Para establecer el Reino lo antes posible, pueden parecernos buenos todos los medios, los más tácticos, los más espectaculares. Confundiendo a veces la conversión con acciones, más o menos espectaculares, en algunos campos, aunque estos sean de servicios. El criterio de autenticidad se convierte en eficacia. Es más fácil seducir que testimoniar, conquistar que liberar. Pero Cristo siempre rechazó el fascinar a las masas: no conocía el sentido de la publicidad y, deliberadamente, perdió todas las ocasiones de promover su popularidad. El día que

sus ojos de hombre vieron la luz por primera vez, no había periodistas para contarlo. No se dieron Ruedas de Prensa. Estaba ocurriendo lo más importante, lo único importante que ha acontecido en la Historia y sólo unos pastores que dormían fueron avisados. Eso sí, nosotros no podemos cansarnos de hacer el bien, como Cristo. Y es necesario que la Iglesia sufra todavía, y nosotros en ella, por su fidelidad al Señor, por su autenticidad, para renovar su capacidad de hablar al mundo y salvarlo. Y ciertamente los mártires existen hoy, incluso, donde no se pensaría poder encontrarlos. En un mundo que rechaza la Cruz, según la expresión de San Pablo, sólo la visión y el pensamiento del martirio puede hacer comprender que la vida cristiana es un acto de identificación con Cristo crucificado. Y hace tiempo que la Iglesia no había engendrado tantos mártires como hoy.

«Un siervo no puede ser más que su amo, ni el enviado más que el que le envía. Pero seréis dichosos si lo ponéis en práctica.» Para lograr esto tenemos necesidad de permanecer mucho tiempo delante de Jesús y contemplar su imagen arrodillada delante de nosotros, diciéndonos: ¿quieres que te lave los pies?. Si no quieres todo ha terminado entre nosotros. Si quieres todo es posible porque tendrás parte conmigo.

La imagen de nuestro cartel nos sugiera la oración. Entre todo lo que nos ofrece destaca la mirada de Jesús. Nos penetra, nos lleva a su intimidad y nos une a los otros por dentro de ellos mismos. Es una invitación a abrir nuestros ojos y nuestros oídos, para poder ver su rostro y escuchar su voz. Esa voz que nos arrastra a todos en una corriente profunda hacia una profunda eternidad. Posiblemente es la mirada que nos invita a ver lo que Él vio desde lo alto de la Cruz, donde el mayor dolor y el gozo indecible brillaron con el esplendor de su gloria. En esa mirada se asoman los hombres eternamente amados. Aquellos por los que rogó: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» . Entre los que estamos nosotros.

La cara es la proa de la persona y muchas veces, a pesar nuestro, nos revela el corazón. La historia del pueblo de Dios se podría resumir en la búsqueda, aunque haya sido entre velos, del ver a Dios «cara a cara». En el corazón de la historia humana, Dios se ha hecho ver –sin dejar de estar escondido- en el rostro de Jesús. Pero es el padre mismo el que se muestra a través de los rostros de los hombres y el rostro de Jesús, para revelarnos la unidad de la familia humana restaurada por el Hijo.

Amar apasionadamente a Dios oculto entre los hombres nos lleva a buscar el rostro divino en sus miradas. Hay que salir a la calle a oír las voces y contemplar los rostros humanos para no dejarnos engañar por los seres imaginarios de tanto telefilm; para poder encontrar en la mirada de tanto desconocido que pasa la justa medida de la alegría y del dolor; para poder beber en toda vida como en una fuente santa.

Miradas inocentes y llenas de orgullo. Miradas imperiosas de ejecutivos diligentes. Miradas, tiernas, miradas limpias, miradas inocentes y miradas lujuriosas. Miradas perdidas de los que comienzan la jornada caminando sin rumbo. Miradas vacías de los que amanecen en cualquier parque y van perdiendo la noción del tiempo y de la historia. Miradas opacas de los que van al trabajo sin ilusión. Mirada de brillo abierto de la mujer que va a la compra. Mirada radiante de jóvenes y adultos

que cantan a la vida. Mirada de jóvenes terminales que han hecho ya balance de todas sus ilusiones. Miradas planas que han rebasado los límites del terror y no encuentran ninguna salida a la esperanza. Miradas amenazantes y acogedoras; misericordiosas y retantes. Miradas descuidadas de los que cuentan su vida en público hablando por un teléfono móvil. Mirada serena de los que van a la casa de Dios...

Miradas todas que nos aprisionan en la intimidad celosa de un santuario divino.

Queramos o no, Dios se ha encarnado en el mundo y vivimos pendientes de Él. Situados todos juntos en el seno de un mismo mundo, formamos cada uno nuestro pequeño universo, en el que la Encarnación se realiza, independientemente, con una intensidad y unos matices incomunicables.

¡Que infinita diversidad en los grados de la presencia divina para los mismos acontecimientos que todos experimentamos. Él puede estar un poco, mucho, cada vez más, o no estar en absoluto, en las mismas circunstancias que nos envuelven a todos.

Rostro de Cristo, rostro de los seres humanos, rostro de mí mismo. Mejor que en un espejo, nosotros nos reenviamos unos a otros. Y nuestros rostros, de Dios al hombre, se esclarecen el uno con el otro, se unen el uno en el otro. ¡Qué poco sabemos lo que es la vida humana! Ni siquiera la nuestra. Juzgamos por lo que llamamos nuestros actos y es, acaso, tan vano como juzgarnos por nuestros sueños. Cristo escoge, según su justicia, entre tanta multitud de cosas oscuras, y, aquella que Él eleva al Padre, resplandece como un sol.

Fuera de Jesús no sabemos ni quién es Dios ni qué es el hombre. Ni que es nuestra vida, ni qué es nuestra muerte.

Las miradas de Jesús tienen mucho peso en el Evangelio. En el diálogo entre Jesús y la samaritana, el amor de Cristo entra en juego con la mujer que sabe más de pasiones que de amor. Y este diálogo no se pudo hacer sin cruce de cómplices miradas. Jesús ha visto que clase de mujer es. De un golpe, la samaritana había identificado la indumentaria del judío y se dio cuenta de que no llevaba cántaro. Ella había escudriñado al hombre por fuera. Jesús la miraba al corazón y allí la lleva para que identifique la naturaleza de su verdadera sed de vida.

En el encuentro con el joven rico su mirada se quedó sin respuesta. Tal vez porque el joven se acercó a Jesús muy seguro de sí.

- ¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?
- Guarda los mandamientos...

Y Jesús, mirándolo, lo amó.

Sabía Jesús que los verdaderos motivos de la petición del joven se iban a descubrir enseguida. La propuesta que le iba a hacer iba a poner en juego la

acogida del reino que anunciaba. Por eso, debió poner especial empeño en llenar de su cariño esta mirada.

Cumplir la ley a la letra ya lo hacían los fariseos y nos lo había llevado a la santidad. Al contrario. Ellos se creían mejores que los pecadores y publicanos y, con esta seguridad, hacían alarde de su perfección en las esquinas de las plazas.

Jesús iba a intentar separar las fibras del ser de aquel joven, hasta la médula. Era necesario que el joven descubriese su verdad para poder aceptar la que Jesús había venido a traer. Tal vez el joven iba buscando, de buena voluntad, el reconocimiento de Jesús, su aprobación... Y he aquí que Jesús le pide que se coloque detrás de los pobres, que los sirva con sus bienes. Sólo cuando haya hecho esto podrá venir detrás del Él. ¡Si al menos le hubiese pedido que se lo entregara a su administrados, Judas¡ El joven quedó descolocado y se marchó triste.

Conmueven especialmente las miradas de la noche del proceso. Después del prendimiento, Pedro era un hombre trastornado. No entendía nada. Aquel Jesús joven que los había cautivado cuando pasó por la orilla del lago, era ahora una piltrafa humana en manos de los que lo odiaban .No sabía si soñaba ahora o estaba soñando cuando lo vio calmar la tempestad con una sola palabra yo transfigurado en el monte. Tenía miedo. Intentaba recordar todo lo pasado. Poco a poco se iban ensombreciendo todas sus sensaciones y todas sus ideas. Como si cada una de ellas se contuviera ahora en un punto aislado. Como si el porvenir se le hubiese cerrado. Había terminado por sentir una impresión de aplastamiento que le hacía aspirar a la nada. No encontraba cosa por la que valiese la pena seguir con vida. El recuerdo de las horas hermosas que había vivido en los tres años pasados con su Maestro se le volvía ahora un placer amargo.

Cuando cantó el gallo, las últimas horas de la tarde se le hicieron más vivas. Estaba lejos del Maestro y situado a su espalda. Levantó los ojos. Jesús se había vuelto y lo buscaba con la mirada. y Pedro lloró. Lloró amargamente. Es el momento beatífico en que el dolor y la alegría se hacen una sola cosa. Cuando se divisa la luz al final del túnel negro de la experiencia de la Noche.

Es el momento inefable en que se experimenta la misericordia. El corazón de Cristo está profundamente herido y su misericordia siempre está ahí. Cualesquiera que sean nuestras negativas y traiciones no cambian el corazón de Dios. En la mirada de amor de Jesús, Pedro lee el amor que le tiene. Pero también la revelación de su propio pecado que es rehusar el rostro ultrajado y herido de Cristo. Este pecado es la fuente de muchos otros pecados de Pedro: de sus desalientos y de su negación. Y esto es precisamente lo que Cristo le perdona. Con tal de que Pedro acepte cruzar su mirada misericordiosa; su mirada que viene del corazón para atraerlo y volverlo a juntar al suyo. ¿Consentimos nosotros en quedarnos bajo esta mirada, bajo esta luz crecida que se aventura a revelarnos nuestro verdadero pecado y nuestra gracia también?. ¿Aceptamos el desgarramiento que produce este paso?. Creer en Dios no es lo mismo que amarlo. El diablo sabe que hay un Dios: nadie lo sabe mejor que él. Cree en Dios pero no le ama.

El nombre de Jesús significa: Dios salva. Nunca ha sido un nombre mejor llevado. El no viene a condenar sino a enseñarnos lo que es la misericordia divina: que el corazón de Dios se compadece de la misericordia humana y la alivia.

La Buena Noticia es que Dios mismos, Dios en persona, se acerca a nosotros. Y en adelante, ya nada puede ser igual que antes. Es preciso que le abramos nuestro corazón como él nos abre el suyo. Cristo ha venido a llamar a los pecadores, y no solamente a los justos o a los que se creen tales. Ha gozado con la compañía de los pecadores. Y las pecadoras. Ha entrado a comer en casa de publicanos y gentes de mala vida. Todo esto en un ambiente de fiesta que podemos imaginar muy oriental. ¿Cómo estaba, si no, allí, la Magdalena con sus perfumes, el día que le ungió los pies?. Son las fiestas del Esposo que viene a preparar las nupcias con la Humanidad. Su corazón desborda de alegría y ha derramado a raudales el vino nuevo de la misericordia. «Quiero misericordia y no sacrificio» «¿Es que acaso pueden ayunar los amigos del esposo mientras el esposo está con ellos?»

La más sencilla experiencia espiritual es más importante que el más complejo razonamiento teológico. Y la contemplación silenciosa, nos lleva a una especie de profundización interior que no se parece a ninguna otra. En lugar de introducirnos, perdiéndonos, en nuestra complejidad humana acaba en iluminación y paz increíbles. Hoy se cree mucho en los psicólogos y sociólogos, y son necesarios. Pero el mundo no tiene en cuenta el testimonio unánime de los santos. Y ¿qué hombre de oración ha confesado alguna vez que la plegaria le haya decepcionado?. La alegría interior comienza siendo como una orientación de nuestra conciencia hacia lo que se percibe que llega. Como la novia que espera al esposo en la noche. Luego, como si esta atracción disminuyera su gravedad, nuestras ideas y nuestras sensaciones se suceden con mayor rapidez; nuestros movimientos no nos cuestan ya el mismo esfuerzo. En su grado más extremo, nuestras percepciones y nuestros recuerdos adquieren una indefinible cualidad comparable a un calor o a una luz, y tan nueva, que en ciertos momentos, volviéndose sobre nosotros mismos, experimentamos como una nueva sorpresa de ser.

Este es el sentido del año jubilar. El jubileo está hecho para jubilar, en el sentido más pleno, más rico de la linfa de la alegría. ¿Entendemos lo que leemos por doquier: JESUCRISTO ES EL MISMO AYER, HOY Y SIEMPRE?. ¡¡El mismo!!. Con idéntico corazón, con el mismo deseo de venir a celebrar un banquete en nuestra casa; de disponernos un sitio en la casa de su Padre dónde están preparando la fiesta de bodas del día de nuestra conversión.

Esa es la Semana Santa: La fiesta de la Misericordia. A esto nos convocan los carteles y los Pregones. Posiblemente, este sentido de Fiesta es lo que queremos expresar los andaluces con nuestra forma barroca de ornamentar los Pasos. Si nuestro Dios fuera el de los paganos o los filósofos, se refugiaría en lo más alto de los cielos: nosotros lo habríamos elevado allí. Como un objeto de uso en caso de necesidad. Pero el nuestro ha venido aquí, a la tierra. Y no importa lo que le podamos hacer. Él quiere empezar ya nuestra fiesta de bodas. La reconciliación de una persona son unas nupcias solemnes. La alegría del perdón, es la alegría del hijo pródigo, pero más aún, la del Padre que invita a todos a hacer fiesta. Es la misma fiesta que celebramos en el sacramento de la penitencia. Ser misericordioso es el

único modo de amar de Dios, porque perdonar es la única forma de ser fiel a su primer amor.

Vamos por un camino seguro. Con nosotros viene María. Siempre va la última. No esconde su dolor. Es una criatura herida cuya vida parece escaparse a raudales por alguna herida invisible. Ahora la llamamos dichosa, pero nadie ha vivido, ha sufrido y ha muerto con tanta sencillez y en una ignorancia tan profunda de su propia dignidad. Un arroyo tan limpio, tan puro que no pudo ver reflejada en él su propia imagen, hecha para la alegría de Dios. Jesús no rehusó nuestros dolores. Tampoco ninguna de nuestras alegrías. Quiso vivir también el sabor del triunfo humano. Su entrada en Jerusalén ¿fue un gesto infantil, o una parodia un poco irónica de las ostentaciones imperiales?. Pudo ser también condescendencia para con nosotros. Una manera graciosa de santificar nuestros triunfos legítimos, como santifica el trabajo. La Virgen no ha tenido triunfos ni milagros. No permitió su hijo que la gloria humana la rozara siquiera. Así, la astucia, el orgullo... siempre la mirarán de lejos.

Cuando Cristo se fue todos los ojos de la Iglesia naciente se volvieron hacia ella. Los diez días de Cenáculo nos pueden fascinar. Cristo ya no está y el Espíritu todavía no ha llegado para reavivar la memoria de sus palabras y renovar sus gestos. Entonces, privados de la presencia de su Maestro y amigo, los Apóstoles, atemorizados, parecen concentrarse instintivamente en la Madre de Jesús. ¿No es este hijo el puro retrato de su Madre? Ella, que hasta ahora ha estado discretamente apartada, está rodeada, atendida y, ciertamente interrogada como testigo supremo de una vida de la que había compartido el misterio desde el principio hasta el fin. Durante aquellos diez días, del modo más natural, nació la devoción mariana en el corazón de la iglesia primitiva.

Así nos sigue cuidando y cobijando. Le abrimos al manto para que nos vaya recogiendo a todos. ¡Que nadie se quede por el camino!. ¡Que no se pierda ninguna energía!. Ella va con nosotros hasta la tarde del Gólgota.

En el centro de todo, va el Cristo Verde sobre el monte. Allí nos ha entregado su Espíritu y nos ha dado a su Madre. Está sólo entre el cielo y la tierra, en su monte de flores. Las flores han cubierto la tierra rota. Y se oye, como el inmenso rumor de los follajes que precede al despuntar el alba. Cuando entregó su espíritu, la tierra tembló y se abrieron los sepulcros fue el lamento de la creación, el grito de quien acogía, al mismo tiempo, la sangre de Dios y las heridas que habíamos hecho los hombres.

La tierra sigue gritando. Se revela ante todos nuestros males. ¿Se nos ocurre pensar que la mayor afrente que puede hacérsele a la tierra es herir el corazón del hombre Dios y lesionar el corazón del hombre? ¿manipular la vida como si fuésemos sus dueños?. Nosotros, ¡que somos tan ecológicos! ¿De qué nos sirve fabricar la propia vida si hemos perdido el sentido de ella?. ¿Tiene sentido que se de carta de ciudadanía y estatuto jurídico, y se muestren como enseña de modernos y progresistas, los mismos pecados que ya San Pablo denunciaba en la sociedad romana de hace 2000 años?. Tiene que haber relación entre las catástrofes naturales y nuestros desamores más ocultos.

«Hemos contemplado su gloria», nos decía San Juan al comienzo. Es a los pies de la cruz donde se realiza esta contemplación. Es la hora en que el grano de trigo caído en tierra no permanece sólo sino que se multiplica y da mucho fruto. La hora del fruto deseable con el que soñaba el antiguo anhelo del hombre: «el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses». Es la hora en que los ojos de los ciegos se llenan de luz. Y la vida se manifiesta como luminosa. La gloria de Dios estalla en esta vida que no sabe guardarse para sí pues es eternamente don comunicación. En la cruz, Juan ha visto brillar la luz en las tinieblas, ha contemplado el esplendor de la gloria divina en la muerte de Cristo en la cruz y ha quedado deslumbrado. La vida que estaba al principio vuelta hacia el Padre se ha manifestado en esta hora. Y esta vida era verdaderamente «la luz de los hombres»

En una civilización que se las ingenia para camuflar la muerte y esconderla al mismo agonizante, la muerte del cristiano –y aún más la muerte de Cristo- puede parecer una especie de desafío. La muerte no es para el hombre solamente un padecimiento que tiene que sufrir, es también un acto que hay que cumplir. El sentido que el hombre atribuye a la muerte es una sola cosa con el sentido que atribuye a la vida.

Rilke escribía: Dios mío da a cada uno su propia muerte. Da a cada uno la muerte nacida de su propia vida

Para entender lo que es la muerte de Jesús, hemos de tener en cuenta el artículo del credo: «bajó a los infiernos». No se puede eludir aunque suene extraño en nuestro universo cultural. Bajó a nuestros infiernos, a los que hemos hecho los hombres, los unos y los otros a lo largo de toda la historia; a los que hacemos. Aunque bíblicamente esta imagen significa el lugar en el que dormían confusos todos los muertos: los justos y los pecadores. Al acercarse a ellos quiso mostrarnos Jesús hasta que punto Él se hizo solidario de la condición humana. Por su estancia junto a los muertos, Jesús experimenta todas las consecuencias del pecado. Estamos en las antípodas de toda lógica; o más bien, en la locura de la Encarnación.

Todas las miserias humanas individuales tienen parte en la inmensa misericordia divina. Mejor que parte, son ellas su alimento. El E. S. está ahí para hacernos comprender que nuestra miseria, llama, nutre, atrae la misericordia divina; están hechas de alguna manera la una para la otra. Nuestra miseria es el camino necesario para que se manifieste su misericordia, y así es posible conocer el verdadero rostro de Dios. Sólo el E.S. nos puede enseñar a aceptar y a amar, poco a poco, nuestra propia miseria en lugar de huirla o de odiarla. Tenemos que consentir ser lo que somos, lo contrario sería querer orgullosamente igualarnos a Él. Cuando el Corazón del Hijo está abierto, el Padre está desnudo e indefenso.

Vamos recorriendo nuestro itinerario. Un mundo de silencio encierra el santuario que el capirote hace de cada penitente. No guardamos silencio. El silencio nos guarda para poder oir a toda la multitud que se refugia en Cristo:

- La tensión emocionada de los jóvenes que llevan los pasos.

- Los quejidos arrancados de tantos pechos humanos

- El esfuerzo feliz de los que ponen su ciencia al servicio de los hombres

- El trabajo cuidadoso de tantos hombres y mujeres

- Los errores de todos los que lo buscan sin saberlo.

En tus manos, Señor, ponemos nuestro espíritu.

En las manos que han partido y vivificado el pan; que han bendecido a los niños; que hemos taladrado. En esas manos llenas de bondad que son como nuestras. En las manos dulces y poderosas que llegan hasta la médula del alma; que forman y crean. En esas manos en que reconforta abandonar el alma, sobre todo si se sufre o si se tiene miedo.

Y después de esta noche, éntranos al banquete de la boda que anhelas en el gozo que no podemos imaginar, la gloria eterna de la Trinidad. Amén.